

Capítulo

1

Aunque el avión aún no había despegado, Osgood, el fotógrafo, ya roncaba plácidamente. Iba encajado en el asiento central, entre John Thigpen y una mujer con medias de color café y calzado cómodo. Se escoró notablemente hacia esta última, que, tras haber bajado con fuerza el reposabrazos, se apretujaba cada vez más contra la ventanilla. Osgood permanecía felizmente inconsciente. John lo miraba con cierta envidia. A su editora del *Philadelphia Inquirer* no le gustaba nada pagarles los hoteles y había insistido en que su visita al Laboratorio de Lenguaje de Grandes Primates durase un solo día. Así que, a pesar de que la noche anterior habían estado celebrando el Año Nuevo, John, Cat y Osgood habían cogido el vuelo de las seis hacia Kansas City aquella misma mañana. A John le habría encantado cerrar los ojos unos minutos aun a riesgo de acabar acurrucado contra Osgood, pero tenía que desarrollar sus notas mientras los detalles estaban todavía frescos.

No le cabían las rodillas en el sitio que le había tocado, así que las giró hacia el pasillo. Como Cat iba detrás de él, no podía reclinar el asiento. Conocía de sobra su carácter. Tenía una fila entera para ella sola —vaya suerte—, pero acababa de pedirle a la azafata dos ginebras y una tónica. Al parecer, el hecho de tener tres asientos para ella no era suficiente para superar el trauma de pasarse el día analizando textos lingüísticos cuando lo que esperaba era ver a seis grandes primates.

Aunque había intentado disimular los síntomas del resfriado de antemano y justificar las secreciones como producto de las alergias, Isabel Duncan, la científica que los había recibido, la caló a la primera y la desterró al Departamento de Lingüística. Cat había puesto en funcionamiento el legendario encanto que reservaba para las situaciones desesperadas, pero a Isabel Duncan le resbaló como si fuera de teflón. Dijo que los bonobos y los humanos compartían el 98,7 por ciento del ADN y que por eso eran vulnerables a los mismos virus. No podía arriesgarse a ponerlos en peligro, sobre todo cuando entre ellos había una embarazada. Además, el Departamento de Lingüística tenía nuevos y fascinantes datos sobre la vocalización de los bonobos. Así que a la enfadada, enferma y frustrada Cat no le quedó más remedio que pasar la tarde en Blake Hall oyendo hablar de la forma dinámica y del movimiento de sus lenguas mientras John y Osgood visitaban a los primates.

—De todos modos, estabais tras un cristal, ¿no? —se quejó Cat en el taxi de vuelta. Iba embutida entre John y

Osgood y ambos mantenían la cabeza girada hacia sus respectivas ventanillas en un vano intento de evitar los virus—. No sé cómo les iba a pegar algo a través de un cristal. Podía haberme quedado al fondo de la sala si me lo hubiera pedido. Joder, hasta me habría puesto una máscara antigás. —Hizo una pausa para inhalar Afrin por ambas fosas nasales y luego se sonó ruidosamente con un pañuelo de papel—. No tenéis ni idea de lo que he tenido que aguantar hoy —continuó—. Su jerga es totalmente incomprensible. No entendí ni lo del «discurso». Y luego empezaron que si el «punto ilocucionario declarativo» por aquí, que si la «modalidad deóntica» por allá, bla, bla, bla. —Enfatizó los «blas» agitando las manos mientras sujetaba con una el frasco de Afrin y con la otra el pañuelo de papel arrugado—. Cuando llegaron a la «clasificación de la relación léxica», ya no tenía ni idea de qué hablaban. Parece la letanía del típico pariente apestoso y charlatán, ¿verdad? ¿Cómo coño creen que voy a ser capaz de convertir eso en un artículo periodístico?

John y Osgood intercambiaron una silenciosa mirada de alivio cuando les adjudicaron los asientos para el viaje de vuelta. John no sabía qué pensaba Osgood sobre la experiencia vivida ese día porque no habían podido estar a solas ni un instante, pero para John había significado un cambio enorme.

Había tenido una conversación bidireccional con grandes primates. Les había hablado en inglés y le habían respondido en la lengua de signos americana, algo aún más excepcional, ya que significaba que conocían

no uno, sino dos idiomas humanos. Hasta podría decirse que uno de los simios, Bonzi, conocía tres, ya que era capaz de comunicarse a través de un ordenador utilizando una serie de lexigramas especialmente diseñados para ello. Hasta entonces, John tampoco había sido consciente de la complejidad de su propio idioma: durante la visita, los bonobos habían demostrado claramente su habilidad para expresar mediante vocalizaciones datos concretos, como los sabores de los yogures y la ubicación de objetos ocultos, aun cuando no podían verse entre ellos. Los había mirado a los ojos y había sentido, sin lugar a dudas, que aquellos seres sensibles e inteligentes le devolvían la mirada. Era algo completamente diferente a observar un recinto de un zoo y había cambiado su percepción del mundo tan profundamente que todavía no era capaz de expresarlo.

Que Isabel Duncan aceptara recibirlos era solo el primer paso para acceder al hogar de los primates. Después de que a Cat le prohibieran entrar en el campus principal, a Osgood y a John se los llevaron a una oficina de administración para esperar mientras consultaban a los simios. A John le habían advertido de antemano de que los bonobos tenían la palabra final sobre quién entraba en su casa y también de que eran famosos por su volubilidad: durante los últimos dos años, solo habían permitido la entrada a más o menos la mitad de sus potenciales visitantes. Una vez informado de ello, John había intentado acumular el mayor número de puntos posible. Investigó en Internet sobre los gustos de los bonobos y compró una mochila para cada uno que llenó con sus alimentos y sus juguetes

favoritos: pelotas de goma, mantitas de forro polar, xilófonos, Mister Potatos, chuches y todo lo que él creía que les podría gustar. Luego le escribió un correo electrónico a Isabel Duncan y le pidió que les dijera a los bonobos que les llevaba una sorpresa. A pesar de lo que se había esforzado, John tenía la frente perlada de sudor cuando Isabel volvió de hablar con ellos y les dijo que los primates no solo aceptaban recibirlos a Osgood y a él, sino que lo estaban deseando.

Los llevó hasta la zona de observación, que estaba separada de los simios por un tabique de cristal. Cogió las mochilas, desapareció por un pasillo, reapareció al otro lado del cristal y se las tendió a los monos. John y Osgood se quedaron mirando mientras los bonobos abrían los regalos. John estaba tan cerca del tabique que lo rozaba con la nariz y la frente. Casi se había olvidado de que estaba allí, así que cuando aparecieron los M&Ms y Bonzi se levantó de un salto para darle un beso a través del cristal, casi se cae de culo.

Aunque John ya sabía que las preferencias de los bonobos variaban —por ejemplo, sabía que la comida favorita de Mbongo eran las cebolletas mientras que a Sam le encantaban las peras—, le sorprendió lo diferentes, lo distintos, lo parecidos a los humanos que eran: Bonzi, la matriarca y líder indiscutible, era tranquila, segura y considerada, aunque se ponía nerviosa porque le encantaban los M&Ms. Sam, el macho más viejo, era extrovertido, carismático, y no dudaba ni un ápice de su propio magnetismo. Jelani, un macho adolescente, era un desca-

rado fanfarrón con energía ilimitada al que le encantaba saltar contra la pared y luego dar una voltereta hacia atrás. Makena, la que estaba embarazada, era la mayor admiradora de Jelani, pero también sentía un cariño desmesurado por Bonzi y pasaba mucho rato acicalándola, sentada en silencio y rebuscando entre su pelaje, por lo que Bonzi tenía menos pelo que el resto. La bebé Lola era una monada increíble y graciosísima. John la vio tirar de una de las mantas que Sam tenía bajo la cabeza mientras descansaba y luego salir disparada hacia Bonzi en busca de protección mientras decía: ¡MALA SORPRESA! ¡MALA SORPRESA! en la lengua de signos. Según Isabel, enredar con el nido de otro bonobo era una falta grave, pero había otra regla más importante aún: para las madres, todo lo que hacían los bebés bonobo estaba bien. Mbongo, el otro macho adulto, era más pequeño que Sam y de naturaleza más sensible. Decidió no volver a dirigirle la palabra a John después de que este malinterpretara sin querer un juego llamado «La caza del monstruo». Mbongo se puso una máscara de gorila, lo que implicaba que John tenía que fingir estar aterrorizado y dejar que Mbongo lo persiguiera. Por desgracia nadie le había informado de aquello y ni siquiera se dio cuenta de que Mbongo llevaba puesta una máscara hasta que el mono desistió y se la quitó, momento en el que John se echó a reír. Aquello le sentó tan mal a Mbongo que dio la espalda a John y se negó rotundamente a hacerle caso a partir de entonces. Isabel consiguió que se animara jugando con él correctamente al juego, pero el bonobo no quiso interactuar con John durante el resto de la

visita, lo cual hizo que este se sintiera como si hubiera abofeteado a un niño.

—Perdón.

John levantó la vista y vio a un hombre de pie en el pasillo que no podía pasar por culpa de sus piernas. Las levantó para girarlas y las metió en el espacio de Osgood, lo que provocó un gruñido. Cuando el hombre hubo pasado, John volvió a poner las piernas en el pasillo y mientras lo hacía vio a una mujer tres filas más allá sujetando un libro cuya familiar cubierta hizo que se le disparara la adrenalina. Era la primera novela de su mujer, aunque hacía poco esta le había prohibido que se refiriera a ella concretamente con esa frase, ya que empezaba a parecer que su primera novela iba a ser también la última. Cuando *Las guerras del río* fue publicada y John y Amanda aún reboaban esperanza, se habían inventado el término «avistamiento en la jungla» para cuando descubrieran casualmente a alguien leyendo la novela. Sin embargo, hasta entonces aquello había sido pura teoría. John deseó que hubiera sido Amanda la que lo hubiera vivido. Necesitaba desesperadamente algo que la animara y él prácticamente se había dado por vencido y daba por hecho que en aquel aspecto no tenía nada que hacer. John comprobó dónde se encontraba la azafata. Estaba en la cocina, así que abrió el móvil, lo levantó un poco por encima del asiento e hizo una foto.

El carrito de las bebidas volvió a pasar. Cat compró más ginebra, John pidió un café y Osgood continuó emitiendo ronquidos sordos mientras su cojín humano fruncía el ceño.

John sacó el portátil y abrió un archivo nuevo:

Aspecto similar al del chimpancé pero más esbelto, con miembros más largos y arcos superciliares menos prominentes. Rostro negro o gris oscuro, labios rosados. Pelo negro con raya al medio. Ojos y rostro expresivos. Vocalizaciones frecuentes y agudas. Matriarcales, igualitarios, pacíficos. Extremadamente cariñosos. Estrechos lazos entre las hembras.

Aunque John era consciente de la naturaleza efusiva de los bonobos, al principio le pilló desprevenido la frecuencia de sus contactos sexuales, especialmente entre las hembras. Los rápidos roces genitales parecían tan normales como un apretón de manos. En ocasiones estos eran predecibles, como cuando se disponían a compartir la comida, pero la mayoría de las veces se producían sin ton ni son, al menos a ojos de John.

Le dio un sorbo al café y reflexionó. Lo que realmente debería hacer era transcribir la entrevista con Isabel mientras todavía la tuviera fresca y anotar los detalles extraorales: muecas, gestos y el inesperado y entrañable momento en que había empezado a comunicarse por signos. Enchufó los auriculares a la grabadora y le dio al *play*.

ID: Así que esta es la parte en que hablamos de mí.

JT: Sí.

ID: [Risa nerviosa]. Genial. ¿No podríamos hablar de cualquier otro?

JT: No. Lo siento.

ID: Me lo temía.

JT: ¿Qué la llevó a dedicarse a este tipo de trabajo?

ID: Asistí a una clase con Richard Hughes, el fundador del laboratorio, y habló un poco del trabajo que estaba llevando a cabo. Me quedé absolutamente fascinada.

JT: Hace poco que ha fallecido, ¿verdad?

ID: Sí. [Pausa]. Cáncer de páncreas.

JT: Lo siento.

ID: Gracias.

JT: Volvamos a lo de la clase. ¿Era de lingüística?
¿De zoología?

ID: De psicología. De psicología conductual.

JT: ¿Es esa la carrera que ha estudiado?

ID: La primera. Creo que pensaba que me ayudaría a entender a mi familia. Un momento, ¿puede borrar eso?

JT: ¿El qué?

ID: Lo de mi familia. ¿Puede eliminarlo?

JT: Claro, no se preocupe.

ID: [Gesto de alivio]. Uf, gracias. Vale; entonces, yo era básicamente una joven de primero de carrera sin rumbo que estudiaba psicología, y cuando oí hablar del proyecto de los monos y fui a verlos, ya no me pude imaginar haciendo otra cosa en la vida. No puedo describirlo. Le rogué y le supliqué al doctor Hughes que me dejara hacer algo, lo que fuera. Fregar el suelo, limpiar los baños, hacer la colada, lo que fuera con tal de estar cerca de ellos. [Pausa larga, mirada al infinito]. No puedo explicarlo, simplemente es así. Tuve la certeza absoluta de que este era mi sitio.

JT: *Y él la admitió en su equipo...*

ID: *No precisamente. [Risas]. Me dijo que si hacía un curso intensivo de lingüística en verano, leía toda su obra y volvía hablando perfectamente la lengua de signos, se lo pensaría.*

JT: *¿Y lo hizo?*

ID: *[Cara de sorpresa]. Sí. Lo hice. Fue el verano más duro de mi vida. Es como si le dices a alguien que se vaya y vuelva hablando perfectamente japonés en cuatro meses. La lengua de signos americana no consiste simplemente en hablar inglés por signos. Es una lengua diferente, con una sintaxis distinta. Suele hacer referencia al tiempo-tema-comentario, aunque, al igual que sucede con el inglés, hay variaciones. Por ejemplo, se puede decir [empieza a comunicarse mediante signos]: «Día pasado mí comer cerezas» o «Día pasado comer cerezas mí». Aunque eso no quiere decir que la lengua de signos americana no use la estructura sujeto-verbo-objeto, sino que simplemente no usa los verbos de estado.*

JT: *Me estoy perdiendo.*

ID: *[Risas]. Lo siento.*

JT: *Entonces volvió, lo dejó con un palmo de narices y consiguió el trabajo.*

ID: *Lo del palmo de narices no sé yo...*

JT: *Hábleme de los primates.*

ID: *¿De qué?*

JT: *El hecho de haberla visto con los simios hoy, de haber hablado yo mismo con ellos y luego habérmelas arreglado para ofender a uno de ellos, me ha abierto la mente.*

ID: *Al final se le ha pasado.*

JT: *De eso nada. ¿Es consciente de lo extraño que le puede parecer a una persona normal el hecho de encontrarse en la tesitura de ofender a un animal en una situación social, tener que solucionarlo y no lograrlo? ¿Poder tener una conversación bidireccional con monos, en lenguaje humano, ni más ni menos, y que lo hagan simplemente porque quieren!*

ID: *Caray, sí que le ha afectado.*

JT: *Supongo que me lo merecía.*

ID: *Lo siento. Pero sí, ese es exactamente el quid de nuestro trabajo. Los monos aprenden a hablar escuchando, gracias al deseo de comunicación; exactamente como los niños humanos. Respecto a la edad, aproximadamente hay la misma franja de oportunidad. Aunque me gustaría extenderme e ir un poco más allá.*

JT: *¿A qué se refiere?*

ID: *Los bonobos tienen su propio idioma. Usted lo ha visto hoy: Sam le ha dicho a Bonzi exactamente dónde había escondido la llave, aunque estaban en cuartos separados y no se veían el uno al otro. Ella ha ido directa sin mirar a nadie más. Puede que nunca seamos capaces de usar su idioma para comunicarnos con ellos por las mismas razones que ellos no pueden hablar en inglés (nuestros tractos vocales son demasiado diferentes, creemos que por alguna cuestión relacionada con la secuencia de genes HAR-1), pero creo que ya va siendo hora de que alguien intente decodificarlo.*

JT: *¿Y el sexo?*

ID: *¿A qué se refiere?*

JT: *Lo tienen muy presente. Y son unos virtuosos. Está claro que no solo lo practican para procrear.*

ID: *Tiene toda la razón. Los bonobos, junto con los delfines y los humanos, son los únicos animales que sabemos que practican sexo con fines lúdicos.*

JT: *¿Por qué lo hacen?*

ID: *¿Por qué lo hace usted?*

JT: *Vale. Pasemos a la siguiente.*

ID: *Perdone, la pregunta tiene sentido. Creemos que es un mecanismo para aliviar la tensión, resolver conflictos y reafirmar la amistad, aunque también tiene que ver con el tamaño del clítoris de las hembras y con que están sexualmente receptivas independientemente del celo. Si eso da forma o es un reflejo de la cultura bonobo constituye un debate científico, pero hay muchos factores relacionados: la comida es abundante en su hábitat natural, lo que significa que las hembras no tienen que competir para alimentar a sus crías; forman fuertes lazos de amistad y se agrupan para «corregir» a los machos agresivos, evitando así que sus genes entren en el bombo, y lo cierto es que, a diferencia de los chimpancés, los bonobos macho no practican el infanticidio. Tal vez sea porque ningún macho tiene ni idea de cuáles son sus bebés, o porque a los machos a los que permitieron reproducirse les da igual y esa característica se ha extendido. O puede que sea porque las hembras los harían pedazos. Como he dicho, es una cuestión que genera debate.*

JT: *¿Piensa que los primates saben que son primates o creen que son humanos?*

ID: Saben que son primates, pero no sé si eso significa lo que usted cree.

JT: Explíquese.

ID: Saben que ellos son bonobos y que nosotros somos humanos, pero eso no implica dominio, superioridad ni nada por el estilo. Colaboramos entre nosotros. De hecho, somos una familia.

John apagó la grabadora y cerró la tapa del portátil. Le habría encantado seguir hablando de los de su familia, pero como había rectificado inmediatamente lo había dejado pasar. También era interesante que, a continuación, hubiera dicho que los bonobos eran su verdadera familia. Tal vez consiguiera sonsacarle algo en la próxima entrevista. Estaba claro que habían conectado. Le preocupaba que en cierto momento esa conexión se hubiera transformado en otra cosa, aunque con cada kilómetro que pasaba se iba sintiendo mejor en relación a eso. Ella era indudablemente atractiva, de caderas estrechas, complexión atlética y con un pelo liso y rubio que le llegaba casi a la cintura, pero su encanto era natural y sobrio: no llevaba maquillaje ni joyas de ningún tipo y John dudaba que fuera consciente de su propio atractivo. Simplemente, habían sido simpáticos el uno con el otro. Puede que acabara confiando en él y le contara lo de su turbia historia familiar. Era el tipo de detalle que los lectores adoraban, aunque aquel artículo ya prometía tener muchos admiradores. Había hecho otro comentario interesante al ponerse la máscara de gorila para hacer una demostración

en toda regla de «La caza del monstruo». Después de haber «atrapado» a Mbongo, habían rodado por el suelo haciéndose cosquillas y riendo. Aunque la de Isabel era una risa sincera y sonora y la de él un resuello casi imperceptible, la expresión de su cara no dejaba lugar a dudas de que efectivamente era una risa. John se había quedado de una pieza al ser testigo de tal nivel de enzarzamiento, ya que siempre había creído que trabajar con primates era extremadamente peligroso. Aunque había leído que los bonobos eran diferentes, no se esperaba que ella tuviera tanto contacto físico con ellos. Su sorpresa debió de ser evidente, porque cuando paró dijo: «Con el paso de los años ellos se han vuelto más humanos y yo más bonobo». Entonces por un instante lo vio todo claro, como si le hubieran dejado mirar a hurtadillas por una rendija.